

EL HOMBRE Y LA ECONOMÍA

por el PROF. CLAUDIO VELIZ, B. Sc. Ph. D. (LONDRES)
Senior Research Fellow, Royal Institute of International Affairs

Lo que realmente importa es que el hombre le pierda el respeto a la economía. Desgraciadamente esta utilísima herramienta, esta disciplina razonable y peatona, ha sido transformada en ciencia tremenda; en inagotable fuente de fórmulas para cubrir las desnudeces intelectuales de cuanto mal politicastro o caciquillo con ambiciones napoleónicas aprende a pronunciar Keynes sin atragantarse. Desde aquí, el próximo paso ha sido sencillo e inevitable. Si la economía es tal ciencia y tal fuente de gloriosas soluciones para complejos problemas, entonces los economistas son los gloriosos y poderosos sacerdotes del nuevo culto. A la glorificación de la economía ha seguido la glorificación de los economistas.

En esto hay mucho del famoso cuento del rey desnudo. El mal estadista que atisba con su astucia primitiva que los economistas ni saben todo lo que se dice que saben, ni pueden resolver todos los problemas que se dice pueden resolver, se cuida mucho de denunciar el mito porque pocas cosas le son tan útiles como los anchos hombros de estos modernos titanes de las ciencias sociales para descargar las responsabilidades que no quiere o no puede asumir el mismo. Pero así como el mal arquitecto no mejora espectacularmente de calidad, rodeándose de buenos albañiles, asimismo el estadista mediocre y el político sin talento no pueden hacerse mejores por el solo hecho de rodearse de buenos economistas. La glorificación de la economía y sus cultores es —guardando la distancia adecuada— algo así como la glorificación de la albañilería a falta de buena arquitectura.

De todas las disciplinas sociales, ha sido la economía la que más fácilmente se ha prestado para jugar el papel de coartada técnica para protegerle las espaldas a los malos políticos, quizás entonces sea justo decir que ha sido la decadencia de la función política la que ha hecho posible la glorificación de la economía.

Un buen estadista se distingue, entre otras cosas, por tener una idea bastante clara de los grandes contornos del edificio que quiere levantar, alterar, o, incluso, hacer pintar o estucar. Disraeli, Napoleón, Chatham y Bismarck, y en nuestra propia casa latinoamericana, Juárez, Portales, Sarmiento, Cárdenas o Montt, se enfrentaron cada uno de ellos en su época, a sus pueblos, y les indicaron las líneas matrices de la política que ellos estimaban justa, necesaria o sencillamente apropiada. Luego, planteada la arquitectura, apelaron a sus

consejeros, asesores técnicos y especialistas varios para que éstos ayudaran a resolver los problemas técnicos, diplomáticos, económicos o religiosos que aquélla implicaba. Todos estos eran problemas marginales por definición, ya que la línea gruesa de la política nacional estaba claramente determinada por un liderazgo responsable.

Este planteamiento fundamental necesariamente incluía todos los aspectos básicos de las cuestiones públicas y no era común que un estadista se refugiara en su ignorancia técnica de tales asuntos para delegar absolutamente en sus asesores, la tarea de pensar y decidir. No es razonable argüir frente a esto, que los asuntos públicos de antaño eran menos complejos que los de hoy día. La complejidad de los problemas del desarrollo económico contemporáneo no es ni más ni menos respetable que la de la organización del imperio napoleónico, la de la estrategia expansionista británica o la de emprender la transformación total de la sociedad con la Biblia en una mano y la espada en la otra. Ni Napoleón ni Disraeli eran peritos en jurisprudencia o economía, sin embargo ambos se preocuparon personalmente de estos asuntos y adoptaron decisiones que la posteridad considera aptas. Bismarck no sólo se sabía ignorante en cuestiones económicas, sino que las despreciaba soberanamente. Sin embargo, cuando tuvo que enfrentarse a la grave crisis de 1873 y enderezar la proa del Imperio hacia la industrialización acelerada, estudió el problema, se deshizo de Delbrück, su ministro librecambista, y echándose sobre los hombros toda la responsabilidad, cambió —y con mucho éxito— el rumbo de la política económica imperial.

No se trata aquí de hacer una apología del mesianismo personalista, ni de sugerir que la solución de los problemas económicos está en la búsqueda de un Cromwell chileno o un Bismarck argentino. Las consideraciones anteriores son generales y no especiales. Aunque la conducción de los asuntos políticos de una nación sigue teniendo ingredientes accidentales, irracionales e inclasificables científicamente, es posible establecer ciertas generalizaciones prudentes que ayudan a comprenderla mejor. Una de estas generalizaciones tiene que ver con el concepto de responsabilidad política. A medida que una disciplina académica se aleja de la certidumbre relativa de principios y leyes científicos, va dejando descansar sobre los hombros de sus cultores una carga creciente de responsabilidad objetiva e inevitable. Por esto el ejercicio de la política es una gran responsabilidad. Por esto es que cometen profundo e inmoral error quienes, pretendiendo comerse la torta y quedarse con ella, tratan de aunar la irresponsabilidad normativa de una ciencia exacta con el uso del poder político. Es en este sentido que se han ofrecido los ejemplos anteriores. No se trata de abogar por la búsqueda de un mesías criollo, sino de analizar en forma crítica el proceso paralelo de la desnaturalización de la función

política y la glorificación intencionada de la economía y de sus cultores.

En nuestro continente, que ha vivido durante tanto tiempo en una crítica situación económica, parecen haberse hecho escasas las cualidades definitivas del estadista responsable y, en su reemplazo, llamados desesperadamente por un liderazgo huérfano de ideologías y principios rectores, han aparecido los ingenieros mercantiles, comerciales y misceláneos; los economistas de nuevo cuño, gásteres de las finanzas; especialistas y tecnócratas de la nueva burocracia, a aplicar liberalmente la quiromancia mecanicista que hoy día se levanta sobre el pedestal que antes ocupara la responsabilidad política.

Claro está que hay que dejar muy bien establecido que la decisión de un estadista de buscar asesoría técnica es encomiable. Como lo es igualmente el trabajo de muchísimos economistas que ayudan con su consejo a la difícil tarea de gobernar una nación. Pero la glorificación de la economía no tiene mucho que ver con esto. Esta asesoría justa, bien planteada y ejecutada, es un aspecto básico del buen gobierno y sería necio criticarla. Aquí se trata de examinar la transformación de esta función asesora en una especie de *Deus ex Machina* que resuelve en forma indolora y expedita los problemas que los políticos no se atreven a enfrentar. Se trata aquí de criticar la glorificación del economista; su utilización como proveedor de fórmulas y encantamientos; como gran sacerdote de una fantasmal ciencia social que es capaz de reemplazar la incertidumbre de la acción política por la certeza de la fórmula científica: la responsabilidad normativa de las decisiones políticas, por la irresponsabilidad de quien entrega soluciones únicas, pseudocientíficas y neutras para problemas económicos complejos.

No es cuestión entonces de que un estadista con ideas claras acerca de cuál es la dirección general en la cual estima justo o necesario guiar a su nación, solicite de sus asesores la resolución de los problemas secundarios que esta implica, sino de que un liderazgo político sin ideas rectoras, sin doctrinas normativas en función de las cuales se pueda estructurar una política económica medianamente coherente, se enfrente a los economistas y les pregunte, "¿para dónde debo ir?, ¿qué debo hacer?, ¿en qué dirección debo guiar a esta nación?". Ni la economía ni ninguna otra disciplina social pueden responder a estas preguntas. Cada una de estas interrogantes tiene tantas respuestas como condiciones normativas —incluyendo la conservación o reforma de las instituciones existentes— deben aceptarse como premisas al plantear el problema. Ni el mejor economista del mundo puede entregar respuestas científicas y neutras a estas preguntas por la sencilla razón de que éstas no existen.

Los economistas no han sido entrenados para entregar respuestas a interrogantes de este tipo. Es perfectamente posible que algunos de ellos

sean excelentes políticos, pero esa calidad no puede ser de ningún modo atribuida a su formación universitaria o profesional, sino a inclinaciones y dotes personales. No existe razón alguna para suponer que un ciudadano que ha completado con éxito un curso de economía, esté mejor preparado que otro que ha estudiado abogacía, ingeniería, literatura o medicina, para adoptar decisiones políticas. Algunos excelentes políticos son también economistas mientras que algunos excelentes economistas son pésimos políticos: no existe correlación alguna entre el estudio de la economía y la originalidad, eficiencia o brillantez política. Sin embargo, halagados por haber sido consultados por ministros o presidentes, no faltan nunca economistas que se presten a la farsa de la resolución técnica, inmediata, neutra o indolora de los complejos problemas que han plagado a nuestro continente por generaciones.

El resultado descorazonador, mirado con la perspectiva de varias décadas, es una sucesión de tantas fórmulas estériles como economistas de moda fueron llamados a poner un dedo sobre el timón de sus respectivos países. Cada uno tuvo su breve y apasionada luna de miel con la gloria, la popularidad y el vértigo del poder aparente. Cada uno vio derrumbarse sus esquemas, caer en ruinas los rascacielos que con tesón innegables y evidente buena voluntad, intentara construir con las herramientas y el talento del buen albañil y sin beneficio de arquitecto. La razón principal de estos reveses es que la inmensa mayoría de estos problemas que la opinión pública define como económicos, son en realidad problemas políticos. La reforma agraria, por ejemplo, ya no es un problema económico. No hay manera técnicamente correcta y políticamente neutra de efectuar una reforma agraria así como no existe una reforma tributaria, ni una manera de industrializar países que sea automática, impersonal, científica, eficiente y apolítica. Desde un punto de vista técnico, el problema de aumentar la producción agropecuaria de cualquier país es tan sencillo como el de extraer el apéndice a un niño de doce años. Económicamente, tal problema tiene algunas complicaciones adicionales, pero éstas no son difíciles de resolver. Políticamente, el mismo problema tiene tantas soluciones como grupos políticamente significativos estén interesados en resolverlo, o en no resolverlo.

Algunos de los conceptos popularizados por la prensa periódica y sobre los que descansa mucho de lo que hoy día pasa por principios básicos del desarrollo económico son sumamente vulnerables desde un punto de vista puramente científico. Para dar sólo un ejemplo, hoy día se acepta como dogma inmaculado el que los procesos de desarrollo acelerado sólo son posibles previa reforma fundamental de la estructura institucional de una nación. Entre otras cosas, la Alianza para el Progreso está basada sobre este concepto, ya que defiende ciertas reformas estructurales como técnicamente necesarias si ciertas tasas de

desarrollo económico van a ser alcanzadas. Estas reformas pueden ser loables y sumamente aconsejables desde un punto de vista moral, pero técnicamente tienen poco o nada que ver con el crecimiento económico acelerado. El Japón, Bélgica, Holanda, los países escandinavos, Suiza y seguramente muchos otros países se desarrollaron aceleradamente sin necesidad de afrontar las famosas reformas estructurales. En cambio, otros países se han dado el lujo de tener gobiernos centrales fuertes que han reformado cuanta cosa se les ha ocurrido y todo con resultados poco felices. El caso de Turquía a varias décadas de distancia del gran Ataturk, es bastante decididor en el Viejo Mundo, mientras que Bolivia no lo hace mal en el nuestro. Esto no quiere decir que las reformas estructurales no sean deseables, sino que desde un punto estrictamente económico parecen no ser indispensables. Como no lo son —a pesar de su encanto indudable— la justicia, la democracia y el amor filial.

No es posible concebir a estas alturas, que los problemas económicos del conglomerado humano tengan soluciones únicas, técnicas, neutras y científicas. El área del conocimiento humano acerca de las cuestiones sociales susceptible de análisis científico es aún muy pequeña y por lo tanto son escasísimas las conclusiones superficialmente objetivas que no acarreen consigo grandes concomitancias de tipo normativo. La economía, a pesar del uso frecuente que hace de conceptos cuantitativos, esquemas matemáticos y relaciones numéricas, es tanto o más vulnerable que la sociología, la historia o la psicología social desde este punto de vista. Es precisamente en este campo, por añadidura, que el adiestramiento del economista adolece de vacíos principales. Aparte del hecho de que las unidades de trabajo del cientista social son seres humanos y de que sus errores se traducen en cesantía, privación, hambre, e incluso la muerte de sus congéneres, está también el problema ético implícito en cualquier decisión que resulte en acción o inacción política.

Para el economista que carece absolutamente de entrenamiento académico en las disciplinas filosóficas y que no se ha dado el trabajo de meditar sobre la naturaleza de los conocimientos que posee y utiliza, es extremadamente difícil concebir siquiera los problemas éticos que resultan de sus recomendaciones. Acostumbrados a plantear condiciones limitadas y definidas —desde el punto de vista del análisis científico— para sus incursiones teóricas, el trayecto entre las hipótesis funcionales con que están habituados a trabajar, y la realidad, irracional, arbitraria y desordenada, se les antoja breve y expedito. Pero ocurre que precisamente esas condiciones objetivas, relacionadas funcionalmente con la estructura institucional, y por consiguiente con grupos de presión política que defienden intereses parciales, escapan completamente del área de responsabilidad que se les cede cuando se solicita su asesoría técnica.

La glorificación de la economía no es un problema demasiado grave desde el punto de vista político pero desgraciadamente, desde el punto de vista académico es sencillamente desastroso. Intelectos jóvenes que deberían aportar su curiosidad insaciable, irreverente y testaruda a la resolución de algunos importantes problemas científicos, están siendo prostituidos antes de tiempo por el aroma de la sala del trono. Hoy día ser estudiante de economía es casi ponerse uniforme de aprendiz de ministro. Se lee y se estudia, no para empujar más atrás las fronteras del conocimiento humano, sino para escalar más rápidamente la pirámide de las asesorías bien remuneradas en fama o en dinero.

Es necesario, entonces, perderle el respeto a la economía como proveedora de encantamientos y fórmulas mágicas para resolver los complejos problemas de nuestro conglomerado social; hay que perderle el respeto como escuela para escalar alturas políticas; como gran fuente de coartadas técnicas indoloras para esconder la ineptitud de políticos irresponsables. Pero hay que dignificarla con su verdadera calidad, puesto que aunque no es una ciencia, es una noble herramienta, un macizo arado conceptual; útil en manos útiles, inútil, y hasta desastroso en manos torpes dirigidas por intelectos mediocres. No hay manera más sencilla de transformarse en buey que agachando la cabeza y empujando hacia adelante, sin nunca preguntar por qué, para qué y hacia dónde. La curiosidad inteligente y majadera ha sido siempre una herramienta civilizadora y en esta oportunidad debe ser esgrimida con tenacidad tremenda hasta reducir a escombros el becerro de oropel que se ha levantado a la economía. Para esto hay que preguntar repetidamente, con insistencia y sin vergüenza, ¿para qué sirve la economía? ¿En qué dirección se está avanzando? ¿Vale la pena avanzar? ¿Por qué? Demasiadas cosas se aceptan dócilmente en un mundo que permite la glorificación de los albañiles. Demasiadas preguntas no alcanzan a nacer; demasiadas respuestas permanecen calladas. Este es el telón de fondo de esta farsa, en la que el único bufón es el hombre que se transforma en víctima pasiva de lo que debería ser su herramienta obediente.

HALLAZGO DEL MANUSCRITO MAS ANTIGUO DEL CORAN

Por un azar venturoso fue descubierto en El Cairo el manuscrito más antiguo del Alcorán. Se trata de una obra de unas diez mil hojas escritas en caracteres cúficos sobre un pergamino de cuero de venado hace 1.200 años, según los expertos han podido comprobar. Presumen los investigadores que perteneció a Osmán, uno de los cuatro discípulos del Profeta y tercer Califa del Islam.

El manuscrito fue descubierto en una caja de metal en la biblioteca del viejo albergue de estudiantes "Maghreb Rouak" de la Universidad El-Azhar. En la misma caja se encontró un hilo con unas mil perlas, probablemente del salterio de la persona que había llevado consigo la versión alcoránica.

La posada de estudiantes Maghreb-Rouak fue fundada hace novecientos años para estudiantes del Maghreb —Libia, Túnez, Argelia y Marruecos—, y había en ella una biblioteca de varios miles de volúmenes sobre las doctri-